POESÍAS Y CARTAS

LAUTRÉAMONT

Ediciones el**aleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

Traducción: Luis Justo marymar
© 2000 Copyright www.el**aleph**.com
Todos los Derechos Reservados

A
GEORGES DAZET, HENRI MUE,
PEDRO ZUMARÁN, LOUIS DURCOUR,
JOSEPH BLEUMSTEIN, JOSEPH DURAND

A mis condíscipulos
LESPES, GEORGES MINVIELLE,
AUGUSTE DELMAS

A los Directores de Reuistas
ALFRED SIRCOS, FRÉDÉRIC DAME

A los AMIGOS pasados, presentes y futuros

Al Sr. HINSTIN,
mi antiguo profesor de retórica

dedico, de una vez por todas, los prosaicos fragmentos que escribiré con el correr del tiempo y el primero de los cuales, desde el punto de vista tipográfico, comienza hoy a ver la luz.

POESIAS

Reemplazo la melancolía por el coraje, la duda por la certeza, la desesperación por la esperanza, la maldad por el bien, las quejas por el deber, el escepticismo por la fe, los sofismas por la frialdad de la calma y el orgullo por la modestia.

I

Los gemidos poéticos de este siglo no son más que sofismas.

Los primeros principios deben estar fuera de discusión.

Acepto a Eurípides y a Sófocles; pero no acepto a Esquilo.

No demostréis carecer del sentido más elemental de las conveniencias ni poseer mal gusto respecto del creador.

Rechazad la incredulidad: me complaceréis.

No existen dos clases de poesía; sólo existe una.

Hay entre el autor y el lector una convención poco tácita, en virtud de la cual el primero se titula enfermo y acepta como enfermero al segundo. ¡Es el poeta quien consuela a la humanidad! Los papeles se han invertido arbitrariamente.

No quiero ser mancillado con la calificación de presuntuoso.

No dejaré Memorias.

La poesía no es la tempestad, ni tampoco el ciclón. Es un río majestuoso y fértil.

Sólo admitiendo la noche físicamente se ha logrado hacerla pasar moralmente. ¡Oh noches de Young! ¡Cuántas jaquecas me habéis causado!

Sólo se sueña cuando se duerme. Son expresiones tales como las de sueño, la nada ele la vida, el paso por la tierra, la preposición quizá, la inspiración desordenada, lo que ha infíltralo en vuestras almas esa poesía húmeda de las languideces, parecida a podredumbre. Pasar de las palabras a las ideas, basta un paso.

Las perturbaciones, las ansiedades, las depravaciones, la muerte, las excepciones de orden físico moral, el espíritu de negación, los embrutecimiento, las alucinaciones servidas por la voluntad, los tormentos, la destrucción, los vuelcos, las lágrimas, las insaciabilidades, las esclavitudes, las imaginaciones que profundizan, las novelas, lo inesperado, lo que no se debe hacer, las singularidades químicas de buitre misterioso que acéchala carroña de alguna ilusión muerta, las experiencias precoces y abortadas, las oscuridades de caparazón de chinche, la monomanía terrible del orgullo, la inoculación de estupores profundos, las oraciones fúnebres, las

envidias, las traiciones, las tiranías, las impiedades, las irritaciones, las acrimonias, los despropósitos agresivos, la demencia, cl esplín, los espantos razonados, las inquietudes extrañas que el lector preferiría no sentir, las muecas, las neurosis, las matrices sangrientas por las que se hace pasar a la lógica de rodillas, las exageraciones, la ausencia de sinceridad, lo la toso, lo chato, lo sombrío, lo lúgubre, los partos peores que asesinatos, las pasiones, el clan de novelistas de sala en lo criminal, las tragedias, las odas, los melodramas, los extremos presentados a perpetuidad, la razón silbada impunemente, los olores de gallina mojada, las insipideces, las ranas, los pulpos, los tiburones, el simún de los desiertos, lo sonámbulo, turbio, nocturno, somnífero, noctámbulo, viscoso, foca parlante, equívoco, tuberculoso, espasmódico, afrodisíaco, anémico, tuerto, hermafrodita, bastardo, albino, pederasta, fenómeno de acuario y mujer barbuda, las horas ebrias del desaliento taciturno, las fantasías, las actitudes, los monstruos, los silogismos desmoralizadores, las basuras, lo que no reflexiona cono cl niño, la desolación, ese manzanillo intelectual, los chancros perfumados, los muslos de camelias, la culpabilidad de un escritor

que rueda por la pendiente de la nada y se desprecia a sí mismo con alegres gritos, los remordimientos, las hipocresías, las perspectivas vagas que os trituran con sus imperceptibles engranajes, los escupitajos serios sobre los axiomas sagrados, la gusanera y sus insinuantes cosquilleos, los prefacios insensatos, como los de Cromwell, de la señorita de Maupin y de Dumas hijo, las caducidades, las impotencias, las blasfemias, las asfixias, las sofocaciones, las rabias: frente a esos osarios inmundos, que me ruboriza nombrar, es por fin tiempo de reaccionar contra lo que nos choca y nos somete tan soberanamente.

Vuestro espíritu es perpetuamente arrastrado fuera de sus goznes y sorprendido en la trampa de tinieblas construida, con arte grosero, por el egoísmo y el amor propio.

El gusto es la cualidad fundamental que resume todas las otras. Es el nec plus ultra de la inteligencia. Sólo por él residen en el genio la salud suprema y el equilibrio de todas las facultades. Villemain es treinta y cuatro veces más inteligente que Eugénc Suc y Frédéric Soulié. Su prefacio del *Dictionnarie de*

l'Académie asistirá a la muerte de las novelas de Walter Scott, de Fenimore Cooper, de todas las novelas posibles c imaginables. La novela es un género falso, porque describe las pasiones por sí mismas: no hay allí conclusión moral.

Describir las pasiones no significa nada; basta nacer un poco chacal, un poco buitre, un poco pantera. No estamos de acuerdo. Describirlas para someterlas a una alta moralidad, como Corneille, es otra cosa. Quien se abstiene de hacer lo primero, conservándose capaz de admirar y comprender a aquellos a quienes es dado hacer lo segundo, sobrepasa, con toda la superioridad de las virtudes sobre los vicios, a quien hace lo primero.

Basta que un profesor de los años superiores del secundario se diga: Así me dieran todos los tesoros del universo, no quisiera haber escrito novelas como las de Balzac y Alexandre Dumas , basta eso para que sea más inteligente que Alesxandre Dumas y Balzac. Basta que un estudiante a mitad de su bachillerato se haya convencido de que no se deben cantar las deformidades físicas intelectuales, para que; por eso sólo, sepa más y sea más capaz, más

inteligente que Victor Hugo, si éste no hubiese escrito más que novelas, dramas y cartas.

Jamás de los jamases escribirá Alexandre Dumas hijo un discurso de distribución de premios para un liceo. Ignora lo que es la moral. Esta no transige. Si lo escribiera, debería antes tachar de un plumazo todo lo que escribió hasta ahora, empezando por sus absurdos Prefacios. Reunid a un jurado de hombres competentes: sostengo que un buen alumno secundario de retórica sabe más que Alexandre Dumas hijo acerca de cualquier tema, incluso sobre la sucia cuestión de las cortesanas.

Las obras maestras de la lengua francesa son los discursos de distribución de premios en los liceos y los discursos académicos. En efecto, la enseñanza de la juventud tal vez sea la más bella expresión práctica del deber, y una buena apreciación de las obras de Voltaire (ahondad en el término apreciación) es preferible a esas obras mismas. ¡Naturalmente!

s-

cuerpos docentes, conservadores de lo justo, no mantuvieran a las generaciones jóvenes y viejas en la senda de la honestidad y el trabajo.

En el nombre personal de la humanidad llorona, y a pesar de ella, pues así es necesario, acabo de renegar, con voluntad indomable, y tenacidad de hierro, de su abominable pasado. Sí: quiero proclamar lo bello con una lira de oro, deducción hecha de las tristezas cretinas y los estúpidos orgullos que descomponen, en su fuente, la pantanosa poesía de este siglo. Hollaré con los pies las estancias agrias del escepticismo, que no tienen razón de ser. El juicio, una vez alcanzado el florecimiento de su energía, imperioso y resuelto, sin titubear un segundo en las irrisorias incertidumbres de una piedad mal situada, fatídicamente las condena, como un procurador general. Es preciso vigilar sin descanso los insomnios purulentos y las pesadillas atrabiliarias. Desprecio y execro el orgullo, así como las infames voluptuosidad de una ironía que, enemiga de las luces, desplaza la exactitud del pensamiento.

Algunos personajes, excesivamente inteligentes - no corresponde que invalidéis este juicio mediante palinodias de gusto dudoso -, se han arrojado, perdida la cabeza, en brazos del mal. Es el ajenjo, no creo que sabroso, pero sí nocivo, lo que mató moralmente al autor de *Rolla*. ¡Desdichados los glotones! Apenas entrado en su edad madura el aristócrata inglés, se rompe su arpa bajo los muros de Missolonghi, tras no haber recogido en su tránsito sino las flores que abrigan el opio de los taciturnos aniquilamiento.

Era más grande que los genios comunes, pero sien sus tiempos hubiese existido otro poeta dotado como él, en dosis parecida, de una inteligencia excepcional, y capaz de presentarse como su rival, aquél hubiese sido el primero en confesar la inutilidad de sus esfuerzos por producir disparatadas maldiciones, así como en reconocer que es exclusivamente el bien lo único que la voz de todos los pueblos declara digno de recibir nuestra estima. Lo cierto fue que no hubo quien pudiese combatirlo con ventaja. Esto es lo que nadie ha dicho. ¡Cosa extraña!, ni siquiera hojeando las colecciones y libros de su época, se encuentra un crítico que haya

pensado en poner de relieve el riguroso silogismo anterior. Y no es aquel que lo sobrepasará quien puede haberlo inventado. Tales eran el estupor y la inquietud, antes que la admiración reflexiva, que producían obras escritas por una mano pérfida, pero que revelaban, sin embargo, las manifestaciones imponentes de un alma que no pertenecía al común de los hombres y se encontraba a sus anchas en las últimas consecuencias de uno de los dos problemas menos oscuros que interesan a los corazones no solitarios: el bien, el anal. No a todos es dado abordar los extremos, sea en un sentido, sea en otro. Ello explica por qué, elogiando sin segunda intención la maravillosa inteligencia de que él, uno de los cuatro o cinco faros de la humanidad, a cada instante da pruebas, se formulen, en silencio, múltiples reservas sobre las aplicaciones y el empleo, injustificables, que conscientemente le dio. No hubiese debido recorrer los dominios satánicos.

La feroz rebelión de los Troppmann, los Napoleón 1°, los Papavoine, los Byron, los Victor Noir y las Charlotte Corday, será contenida a distancia de mi severa mirada. A esos grandes criminales, que lo son a tan diversos títulos, los aparto con un gesto.

Con lentitud que se interpone, pregunto: ¿a quién se cree engañar aquí? ¡Oh, caballitos de pallo de presidio! ¡Pompas de jabón! ¡Peleles de tripa de buey! ¡Cordeles usados! Que se acerquen los Konrad, los Manfred, los Lara, los marinos que se parecen al Corsario, los Mefistófeles, los Werther, los Don Juan, los Fausto, los lago, los Rodin, los Calígula, los Caín, los Iridión, las brujas infernales a imagen de Colomba, los Ahriman, los manitúes maniqueos, embadurnados de cerebro, que fermentan la sangre de sus víctimas en las pagodas sagradas del Indostán, la serpiente, el sapo y el cocodrilo, divinidades, consideradas como anormales, del antiguo Egipto, las hechiceras y las potencias demoníacas del medievo, los Prometeos, los Titanes de, la mitología fulminados por Júpiter, los Dioses Malvados vomitados por la imaginación primitiva de los pueblos bárbaros: toda la serie ardiente de los diablos de cartón. Con la certeza de vencerlos, tomo la fusta de la indignación y de la concentración que sopesa, y a pie firme espero a esos monstruos, como su domador previsto.

Hay escritores rebajados, bufones peligrosos, juglares de tres al cuarto, mistificadores sombríos,

verdaderos alienados que, deberían poblar Bicétre. Sus cretinizantes cabezas, que han sido desprovistas de una teja, crean fantasmas gigantescos, que bajan en vez de subir. Ejercicio escabroso; gimnasia especiosa. Grotesca maniobra de prestidigitador. Si os place, retiráos de mi presencia, fabricantes, por docena, de jeroglíficos prohibidos, donde antes yo no advertía de inmediato como hoy la connivencia con la solución frívola. Caso patológico de egoísmo formidable. A esos autómatas fantásticos, indicad vosotros, hijos míos, con el dedo, a uno y a otro, el epíteto que los pone de nuevo en su lugar.

Si existiesen, bajo la plástica realidad, en alguna parte, serían, pese a su inteligencia reconocida, pero trapacera, el oprobio, la hiel de los planetas que habitaran, su vergüenza. Figuráoslos, un instante, reunidos en sociedad con sustancias que se les asemejaran. Es una sucesión ininterrumpida de combates, con la que no soñarían los bulldogs, los tiburones y los macrocéfalos cachalotes. Son torrentes de sangre, en esas regiones caóticas llenas de hidras y minotauros, y de donde la paloma, espantada sin remedio, huye volando con la mayor rapidez posible. Es un amontonamiento de bestias

apocalípticas, que no ignoran lo que hacen. Son choques de pasiones, irreconciabilidades y ambiciones, a través de los aullidos del orgullo que no se deja ver, se contiene, y cuyos escollos y bajíos nadie, ni siquiera aproximadamente, podría sondear.

Pero no se me impondrán más. Sufrir es una debilidad, cuando es posible evitarlo y hacer algo mejor. Exhalar los sufrimientos de un esplendor no equilibrado significa demostrar, ¡oh moribundos de las marismas perversas!, resistencia y coraje menores aún. Gloriosa esperanza, con mi voz y mi solemnidad de los grandes días te llamo a mis desiertos lares. Ven a sentarte junto a mí, envuelta en el manto de las ilusiones, sobre el trípode razonable de la pacificación. Como un mueble de desecho, te he arrojado de mi casa con un látigo de cuerdas de escorpiones. Si quieres convencerme de que has olvidado, al volver a mí, las penas que, bajo la señal de los arrepentimientos, te causé en otro tiempo, lo juro, trae entonces contigo, cortejo sublime -¡sostenedme, me desvanezco!-, las virtudes ofendidos y sus imperecederas rectificaciones.

Compruebo, con amargura, que sólo restan algunas gotas de sangre en las arterias de nuestras tísicas épocas. Desde los lloriqueos odiosos y especiales, patentados sin garantizar un punto de referencia, de los Jean-Jacques Rousseau, de los Chateaubriand y de las nodrizas en pantalón de los angelotes Obermann, pasando por los restantes poetas que se han revolcado en cl lodo impuro, hasta cl sueño de Jean-Paul, el suicidio de Dolores de Veintemilla, el Cuervo de Allan, la Comedia Infernal del polaco, los ojos sanguinarios de Zorrilla, y el cáncer inmortal. Una carroña, que pintó en otro tiempo, con amor, el morboso amante de la Venus hotentote, los inverosímiles dolores que este siglo se ha creado a sí mismo, en su voluntad monótona y repulsiva, lo han tornado tísico.

Con la música a otra parte.

Sí, buenas gentes, soy yo quien os ordena quemar, sobre una pala, enrojecida al fuego, con un poco de azúcar amarilla, el pato de la duda, de labios de vermut, que derramando en melancólica lucha entre el bien y el mal, lágrimas que no brotan

del corazón, hace en todas partes, sin máquina neumática, el vacío universal.

La desesperación, nutriéndose, prejuiciosa, de sus fantasmagorías, lleva imperturbablemente al literato a la abrogación en masa de las leyes divinas y sociales, y a la maldad teórica y práctica. En una palabra, hace prevalecer en los razonamientos cl trasero humano. ¡Vamos, pasad la consigna! Uno se vuelve malvado, lo repito, y los ojos toman el color de los condenados a muerte. No retiraré lo que digo a continuación. Quiero que mi poesía pueda ser leída por una joven de catorce años.

El verdadero dolor es incompatible con la esperanza. Por grande que sea ese dolor, la esperanza se levanta cien codos por encima. Dejadme en paz, pues, con los indagadores. A tierra las patas, abajo, perras ridículas, fabricantes de confusión, farsantes. Aquello que sufre, que diseca los misterios que nos rodean, no espera. La poesía que discute las verdades necesarias es menos bella que la que no las discute. Indecisiones acérrimas, talento mal empleado, pérdida de tiempo: nada será más fácil de verificar.

Cantar a Adamastor, Jocelyn, Rocambole, es pueril. Tan sólo porque el autor espera que el lector sobreentienda que perdonará a sus héroes bribonea se traiciona a sí mismo y se apoya sobre el bien para dar curso a la descripción del mal. Precisamente en nombre de esas mismas virtudes que Frank ha desconocido deseamos con toda nuestra fuerza apoyarlo, oh saltimbanquis de las enfermedades incurables.

¡No hagáis como esos exploradores sin pudor, magníficos, a sus propios ojos, de melancolía, que encuentran cosas desconocidas en su espíritu y en su cuerpo!

La melancolía y la tristeza son ya el comienzo de la duda; la duda, el comienzo de la desesperación; la desesperación, el comienzo cruel de los diversos grados de la maldad. Para convenceros de esto, leed la Confesión de un hijo del siglo. La pendiente es fatal, una vez que alguien se empeña en ella. Llegar a la maldad es seguro. Desconfiad de la pendiente. Extirpad de raíz el mal. No halaguéis el culto de los adjetivos tales como indescriptible, inenarrable,

rutilante, incomparable, colosal, que mienten sin vergüenza a los sustantivos que desfiguran: la lubricidad los persigue.

Las inteligencias de segundo orden, como Alfred de Musset, pueden llevar adelante, de manera reacia, una o dos de sus facultades mucho más lejos que las correspondientes facultades de las inteligencias de primer orden, Lamartine, Hugo. Estamos ante el descarrilamiento de una locomotora sobrefatigada. Una pesadilla empuña la pluma. Sabed que el alma se compone de una veintena de facultades. ¡Habladme de esos mendigos que poseen un sombrero grandioso junto con harapos sórdidos!

He aquí un medio de comprobar la inferioridad de Musset respecto de los dos poetas. Leed, ante una muchacha, *Rolla o las Noches*, *Los Locos*, de Cobb, o si no los retratos de Gwynplaine y Dea, o bien el relato de Teramenes de Eurípides, traducido en verso francés por Racine padre. Ella se estremece, frunce las cejas, alza y baja las manos, sin propósito determinado, como un hombre que se ahoga; sus ojos despedirán resplandores verdosos. Leedle *La*

oración por todos, de Victor Hugo. Los efectos son diametralmente opuestos. El tipo de electricidad no es el mismo. La muchacha ríe a carcajadas, pide más.

De Hugo sólo quedarán las poesías sobre los niños, donde hay mucho malo.

Pablo y Virginia choca con nuestras más profundas aspiraciones de felicidad. En otro tiempo, ese episodio, que se entrega a la melancolía de la primera a la última página, sobre todo en el naufragio final, me hacía rechinar los dientes. Rodaba sobre la alfombra y daba puntapiés a mi caballo de madera. La descripción del dolor es un contrasentido. Es preciso ver todo hermoso. Si esa historia fuese narrada en una simple biografía, yo no la atacaría. El episodio cambiaría inmediatamente de carácter. La desdicha se torna augusta por la impenetrable voluntad de Dios, que la creó. Pero el hombre no debe crear la desdicha en sus libros. Esto significa desear con todas las fuerzas, ver un solo lado de las cosas. ¡Oh, qué maníacos aulladores sois!

No reneguéis de la inmortalidad del alma, la sabiduría de Dios, la grandeza de la vida, el orden que se manifiesta en el universo, la belleza corporal, el amor a la familia, el matrimonio, las instituciones sociales. ¡Dejad de lado a los escritorzuelos siniestros: Sand, Balzac, Alexandre Dumas, Musset, Du Terrail, Féval, Flaubert, Baudelaire y *La huelga ele los herreros*!

No transmitáis a quienes os leen más que la experiencia que se desprende del dolor y ya no es el dolor mismo. No lloréis en público.

Es preciso saber arrancar bellezas literarias hasta en el seno de la muerte; pero esas bellezas no pertenecerán a. la muerte. La muerte sólo es, en ese caso, la causa ocasional. No el medio, sino el fin, es lo que no es la muerte.

Las verdades inmutables y necesarias, que hacen la gloria de las naciones, y que la duda se esfuerza en vano por quebrantar, han comenzado en tiempo muy antiguo. Son cosas que no deberían tocarse. Quienes desean crear la anarquía en literatura, con el pretexto de lo nuevo, caen en el contrasentido. No

se osa atacar a Dios; se ataca la inmortalidad del alma. Pero también la inmortalidad del alma es vieja como las bases del mundo. Si debe ser reemplazada, ¿qué otra creencia la reemplazará? No podrá ser siempre una negación.

Si se recuerda la verdad de que derivan todas las demás, la bondad absoluta de Dios y su absoluta ignorancia del mal, los sofismas se desplomarán por sí mismos. Se desplomará, más o menos en el mismo tiempo, la poco poética literatura que se sustenta sobre ellos. Toda literatura que discute los axiomas eternos está condenada a vivir sólo de sí misma. Es injusta. Se devora el hígado. Las *novissima verba* hacen sonreírse soberbiamente a los mocosuelos que se inician en el colegio secundario. No tenemos derecho a interrogar al Creador sobre punto alguno.

Si sois desdichados, no debéis decírselo al lector. Guardáoslo para vosotros.

Si se corrigieran los sofismas en el sentido de las verdades correspondientes a esos sofismas, sólo la corrección resultaría cierta, en tanto que el trozo así

modificado tendría derecho a dejar de titularse falso. El resto quedaría fuera de lo verdadero, presentaría un vestigio de falsedad; sería en consecuencia nulo y se lo consideraría, forzosamente, corno no ocurrido.

La poesía personal ha cumplido su tiempo de juglerías relativas y contorsiones contingentes. Retomemos el hilo indestructible de la poesía impersonal, bruscamente interrumpido desde el nacimiento del frustrado filósofo de Frena, desde el aborto del gran Voltaire.

Bello parece, sublime, con pretexto de humildad o de orgullo, discutir las causas finales, falsificar sus consecuencias estables y conocidas. ¡Desengañaos, porque no hay nada más tonto! Reanudemos la cadena regular con los tiempos pasado; la poesía es la geometría por excelencia. Desde Racine, la poesía no ha progresado ni un milímetro. Ha retrocedido. ¿Gracias a quién? A las Grandes Cabezas Fofas de nuestra época. Gracias a las mujercitas, Chateaubriand, el Mohicano Melancólico; Sénancour, el Hombre en Enaguas; Jean-Jacques Rousseau, el Socialista Malhumorado; Anne Radcliffe, el

Espectro Chiflado; Edgar Poe, el Mameluco de los Sueños de Alcohol; Maturín, el Compadre de las Tinieblas; George Sand, el Hermafrodita Circunciso; Théophile Gautier, el Incomparable Almacenero; Leconte, el Cautivo del Diablo; Goethe, el Suicida para Llorar; Sainte-Beuve, el Suicida para Reír; Lamartine, la Cigüeña Lacrimosa; Lermontoff, el Tigre que Ruge; Victor Hugo, el Fúnebre Figurón Verde; Mickiesvicz, el Imitador de Satán; Musset, el Pisaverde Descamisado Intelectual, y Byron, el Hipopótamo de las Junglas Infernales.

La duda siempre estuvo en minoría. En este siglo, está en mayoría. Respiramos por los poros la violación del deber. Esto sólo se vio una vez; no se lo verá más.

Tan oscurecidas se encuentran hoy las nociones de la simple razón, que lo primero que hacen los profesores de los años iniciales del secundario, cuando enseñan a componer versos en latín a sus alumnos, jóvenes poetas de labio humedecido aún por la leche materna, es revelarles, mediante la práctica, el nombre de Alfred de Musset. ¡Os pregunto un poco! ¡O mucho! Entonces, los

profesores del año siguiente, en sus clases, dan a traducir a verso griego dos episodios sangrientos. El primero es la repugnante comparación del pelícano. El segundo, será la atroz catástrofe sobrevenida a un trabajador. ¿Para qué mirar el mal? ¿No está en minoría? ¿Por qué inclinar la cabeza de un colegial sobre cuestiones que, porque no pudieron comprenderlas, hicieron perder sus cabezas a hombres como Pascal y Byron?

Un alumno me contó que su profesor de retórica había dado a su clase a traducir a verso hebreo, día tras día, esas dos carroñas. Esas llagas de la naturaleza animal y humana lo enfermaron durante un mes, que pasó en la enfermería. Como nos conocíamos, me hizo pedir por su madre. Me contó, si bien ingenuamente, que sus noches eran turbadas por sueños persistentes. Creía ver un ejército de pelícanos que se abatían sobre su pecho y se lo desgarraban. Después volaban hacia una cabaña en llamas. Comían a la mujer del trabajador y a sus hijos. Ennegrecido el cuerpo de quemaduras, el trabajador salía de la casa, se empeñaba en combate atroz con los pelícanos. Todos se precipitaban en la choza, que retumbaba al desplomarse. De la masa

de escombros alzada -esta parte no faltaba nunca -, veía salir a su profesor de retórica, quien tenía en una mano su corazón y, en la otra, una hoja de papel donde se descifraban, escritas con trazos de azufre, la comparación del pelícano y la del trabajador, tales como las compuso el propio Musset. No resultó fácil, al principio, pronosticar el género de su enfermedad. Le recomendé callarse cuidadosamente y no hablar de ello a nadie, sobre todo a su profesor de retórica. Aconsejé a su madre que se lo llevara unos días con ella, asegurándole que se le pasaría. En efecto, me ocupé de ir allí cada día varias horas, y se le pasó.

Es preciso que la crítica ataque la forma, jamás el fondo de vuestras ideas, de vuestras frases. Arreglaos.

Los sentimientos son la forma de razonamiento irás incompleta que puede imaginarse.

No bastaría toda el agua del mar para lavar una mancha de sangre intelectual.

II

El genio garantiza las facultades del corazón.

El hombre no es menos inmortal que cl alma.

¡Los grandes pensamientos vienen de la razón!

La fraternidad no es un mito.

Los niños que nacen no conocen nacía de la vida, ni siquiera su grandeza.

En la desdicha, los amigos aumentan.

Vosotros que entráis, dejad toda desesperanza.

Bondad, tu nombre es viril.

Es aquí donde reside la sabiduría de los pueblos.

Cada vez que leí a Shakespeare, me pareció que desmenuzaba el cerebro de un jaguar.

Escribiré mis pensamientos con orden, con propósito ajeno a confusión. Si son justos, el primero será consecuencia de los otros. Tal es el verdadero orden. Marca mi objeto mediante el desorden caligráfico. Harto deshonor haría a mi tema si no lo tratara con orden. Quiero mostrar que es susceptible de ello.

No acepto el mal. El hombre es perfecto. El alma no cae. El progreso existe. El bien es irreductible. Los anticristos, los ángeles acusadores, las penas eternas, las religiones, son producto de la duda.

Dante, Milton, al describir hipotéticamente tierras infernales, probaron ser hienas de primera especie. La prueba es excelente. El resultado es malo. Sus obras no se compran.

El hombre es un roble. No lo hay más robusto en la naturaleza. No es preciso que el universo se arme para defenderlo. Una gota de agua no basta para preservarlo. Aun si el universo lo defendiese, no sería más deshonrado que aquello que vio lo preserva. El hombre sabe que su reino carece de muerte, que el universo tiene un comienzo. El universo no sabe nada: es, como máximo, un junco pensante.

Me figuro a Elohim más bien frío que sentimental.

El amor por una mujer es incompatible con el amor por la humanidad. Debe rechazarse la imperfección. Nada más imperfecto que el egoísmo ele dos. Durante la vida, pululan las desconfianzas, las recriminaciones, los juramentos escritos en el polvo. Ya no es más el amante de Jimena; es el amante de Graziella. Ya no se trata de Petrarca, se trata de Alfred de Musset. Durante la muerte, un sitio rocoso junto al mar, un lago cualquiera, el bosque de Fontaineblau, la isla de Ischia, un gabinete de trabajo en compañía de un cuervo, una capilla ardiente con un crucifijo, un cementerio

donde surge, bajo los rayos de una luna que termina por fastidiar, el objeto alnado, algunas estancias o un grupo de doncellas cuyo nombre se ignora, vienen de paseo por turno, dan la medida del autor, hacen sentir pesares. En los dos casos, no se vuelve a encontrar la dignidad.

El error es la leyenda dolorosa.

Los himnos a Elohim habitúan a la vanidad a no ocuparse en las cosas de la tierra. Tal es el escollo de los himnos. Desacostumbran a la humanidad a contar con el escritor. Ella lo abandona. Lo llama místico, águila, perjuro a su misión. No sois la paloma buscada.

Un celador de colegio podría hacerse de un bagaje literario diciendo lo contrario de lo que han dicho los poetas de este siglo. Reemplazaría sus afirmaciones por negaciones. A la recíproca. Si atacar los primeros principios es ridículo, más ridículo es defenderlos contra esos mismos ataques. No los defenderé.

El sueño es una recompensa para unos, un suplicio para otros. Para todos es una sanción.

Si la moral de Cleopatra hubiese sido menos corta, la faz de la tierra habría cambiado. No por ello se hubiera alargado su nariz.

Las acciones ocultas son las más estimables. Cuando veo tantas en la historia, me complacen mucho. No han quedado ocultas por completo. Algo de ellas ha rezumado. Ese poco, por el cual se manifestaron, aumenta su mérito. Lo más bello es no haber podido ocultarlas.

Para los valientes cl encanto de la muerte no existe.

Tan grande es el hombre, que su grandeza se revela sobre todo en que no quiere reconocerse miserable. Un árbol no se sabe grande. Ser grande es reconocerse grande. Ser grande es no querer reconocerse miserable. Su grandeza refuta sus miserias. Grandeza de rey.

Cuando escribo mi pensamiento, éste no se me escapa. Esa acción me recuerda mi fuerza, que en todo momento olvido. Me instruyo en proporción

con mi pensamiento encadenado. Sólo tiendo a reconocer la contradicción entre mi espíritu y la nada.

El corazón del hombre es un libro que he aprendido a estimar.

No imperfecto, no caído, el hombre ya no es más el gran misterio.

A nadie permito, ni siquiera a Elohim, dudar de mi sinceridad.

Tenemos libertad de hacer el bien.

El juicio es infalible.

No tenemos libertad de hacer el mal.

El hombre es el vencedor de las quimeras, la novedad de mañana, la regularidad de la que el caos se queja, el tema de la conciliación. Juzga todas las cosas. No es imbécil. No es gusano de tierra. Es el depositario de lo verdadero, el cúmulo de certidumbre, la gloria, no el desecho del universo. Si

se rebaja, lo elogio. Si se elogia, lo elogio mas aún. Lo concilio. El llega a comprender que es la hermana del ángel.

No hay nada que sea incomprensible.

El pensamiento no es menos claro que el cristal. Una religión cuyas mentiras se apoyan sobre él puede turbarlo algunos minutos, por hablar de esos efectos que duran largo tiempo. Si hablamos de esos efectos que duran poco tiempo, un asesinato ele ocho personas a las puertas de una capital lo turbará -esto es seguro- hasta la destrucción del mal. El pensamiento no tarda en recobrar su limpidez.

La poesía debe tener por fin la verdad práctica. Enuncia las relaciones que existen entre los primeros principios y las verdades secundarias de la vida. Cada cosa permanece en su lugar. La misión ele la poesía es difícil. No se mezcla a los hechos de la política, a la manera en que se gobierna un pueblo, no hace alusión a los períodos históricos, a los golpes de Estado, a los regicidios, a las intrigas de palacio. No habla de las luchas que el hombre entabla, por excepción, consigo mismo, con sus

pasiones. Descubre las leyes que dan vida a la política teórica, la paz universal, las refutaciones de Maquiavelo, las cornetas de que se componen las obras de Proudhon, la psicología ele la humanidad. Un poeta debe ser más útil que cualquier ciudadano de su tribu. Su obra es el código de los diplomáticos, de los legisladores, de quienes instruyen a la juventud. Estamos lejos de los Homero, los Virgilio, los Klopstock, los Camoens, de las imaginaciones emancipadas, de los fabricantes de odas, de los mercaderes de epigramas contra la divinidad.

¡Volvamos a Confucio, al Buda, a Sócrates, a Jesucristo, moralistas que recorrían las aldeas pasando hambre! Es preciso contar en lo futuro con la razón, la cual sólo opera sobre las facultades que presiden la categoría de los fenómenos ele bondad pura.

Nada más natural que leer el *Discurso del método* después de haber leído *Berenice*. Nada más natural que leer el *Tratado de la inducción* de Biéchy, *El problema del mal de Naville*, tras haber leído las *Hijas de otoño*, las *Contemplaciones*. La transición se pierde. El espíritu se rebela contra el hierro viejo, la mistagogia. El corazón se pasma ante esas páginas

garrapateadas por un fantoche. Esa violencia lo ilumina. Cierra el libro. Derrama una lágrima en memoria de los autores salvajes. Los poetas contemporáneos han abusado de su inteligencia. Los filósofos no han abusado de la suya. El recuerdo de aquéllos se extinguirá. Estos son clásicos.

Racine, Corneille, hubiesen sido capaces de componer las obras de Descartes, de Malebranche, de Bacon. El alma de aquéllos es una con la de éstos. Lamartine, Hugo, no hubieran sido capaces de componer el Tratado de la inteligencia. El alma de su autor no se adecua a las de los primeros. La fatuidad les hizo perder las cualidades centrales. Lamartine, Hurgo, aunque superiores a Taine, no poseen, como éste, solamente -es penoso confesarlo - facultades secundarias.

Las tragedias estimulan la piedad, cl terror, mediante el deber. Es algo. Es malo. No es tan malo como el lirismo moderno. Es preferible la Medea de Legouvé a la colección de las obras de Byron, de Capendu, de Zaccone, de Félix, de Gagne, de Gaboriau, de Lacordaire, de Sardou, de Goethe, de

Ravignan, de Charles Diguet. ¡Qué escritor de entre vosotros, pregunto, puede levantar -¿qué es eso, qué son esos resoplidos de la resistencia?- el peso del *Monologo de Augusto*! Los vodeviles bárbaros de Hugo no proclaman cl deber. Los melodramas de Racine, de Corneille, las novelas de La Calpranéde, lo proclaman. Lamartine no es capaz ele componer la Fedra de Pradon; Hugo, el Venceslao de Rotrou; Sainte-Beuve, las tragedias de Laharpe o de Marmontel. Musset es capaz de hacer proverbios. La tragedia es un error involuntario, admite la lucha, es el primer paso del bien, no aparecerá en esa obra. Conserva su prestigio. No sucede otro tanto con el sofisma; llega tarde el gongorismo metafísico de los autoparodistas de mi tiempo heroico - burlesco.

El principio de los cultos es el orgullo. Es ridículo dirigir la palabra a Elohim, como han hecho los Job, los jeremías, los David, los Salomón, los Turquéty. La plegaria es un acto falso. La mejor manera de complacerlo es indirecta, más en conformidad con nuestra fuerza. Consiste en hacer feliz a nuestra raza. No hay dos maneras de complacer a Elohim. La idea del bien es una. Como lo que es el bien en menos lo es en más, permito que

se me cite el ejemplo de la maternidad. Para complacer a su madre, un hijo no le gritará que es sabia, radiante, que él se comportará de manera de recibir la mayor parte de sus elogios. Obra en otra forma. En vez de decirlo por sí mismo, lo hace pensar por medio de sus actos, se despoja de esa tristeza que hincha a los perros de Terranova. No debe confundirse la bondad de Elohim con trivialidad. Cada uno es verosímil. La familiaridad engendra el desprecio; la veneración engendra lo contrario. El trabajo destruye el abuso de los sentimientos.

Ningún razonador cree contra su razón.

La fe es una virtud natural por la que aceptamos las verdades que Elohim nos revela mediante la conciencia.

No conozco más gracia que la de haber nacido. Un espíritu imparcial la considera completa.

El bien es la victoria sobre el mal, la negación del mal. Si se canta el bien, el mal es eliminado por ese oportuno acto. No canto lo que no hay que

hacer. Canto lo que hay que Hacer. Lo primero no contiene lo segundo. Lo segundo contiene lo primero.

La juventud escucha los consejos de la edad madura. Tiene confianza ilimitada en sí misma.

No conozco obstáculo que supere las fuerzas del espíritu humano, salvo la verdad.

La máxima no tiene necesidad de ella para probarse. Un razonamiento exige un razonamiento. La máxima es una ley que encierra un conjunto de razonamientos. Un razonamiento se completa a medida que se acerca a la máxima. Hecho máxima, su perfección rechaza las pruebas de la metamorfosis.

La duda es un homenaje tributado a la esperanza. No es un homenaje voluntario. La esperanza no admitiría ser sólo un homenaje.

El anal se subleva contra el bien. No puede menos que hacerlo.

Es una prueba de amistad no advertir el aumento de la de nuestros amigos.

El amor no es la felicidad.

Si no tuviésemos defectos, no nos agradaría tanto corregirnos, elogiar en otros aquello que no; falta.

Los hombres que se han resuelto a detestar a sus semejantes ignoran que es preciso empezar por detestarse a sí mismo.

Los hombres que no se baten en duelo creen que los que se baten en duelo a muerte son valerosos.

¡Cómo se acuclillan las ignominias de las novelas en los escaparates! Así como un hombre se pierde por cien centavos, a veces parece posible perderse por matar un libro.

Lamartine creyó que la caída de un ángel se convertiría en la Elevación de un Hombre. Se equivocó al creerlo.

Para hacer que el mal sirva a la causa del bien, diré que la intención del primero es mala.

Una verdad trivial contiene más genialidad que las obras de Dickens, de Gustave Aymard, de Victor Hugo, de Landelle. Con éstas, un niño que sobreviviese al universo no podría reconstruir el alma humana. Con aquélla, podría hacerlo. Parto de la base de que no descubrió, tarde o temprano, la definición del sofisma.

Las palabras que expresan el mal están destinadas a adquirir un significado útil. Las ideas se mejoran. En ello interviene el sentido de las palabras.

El plagio es necesario. El progreso lo implica. Ciñe la frase de un autor, se sirve de sus expresiones, borra una idea falsa, la reemplaza por la idea justa.

Una máxima, para estar bien hecha, no necesita corrección. Necesita que se la desarrolle.

No bien la aurora aparece, las jóvenes van a cortar rosas. Una corriente de inocencia recorre los valles, las capitales, socorre las inteligencias de los poetas más entusiastas, derrama protecciones sobre las cunas, coronas sobre la juventud, creencias en la inmortalidad sobre los ancianos.

He visto a los hombres abrumar a los moralistas para que descubriesen su corazón, derramaran sobre ellos la bendición de lo alto. Emitían meditaciones tan vastas como era posible, regocijaban al autor ele nuestras dichas. Respetaban la infancia, la vejez, lo que respira como lo que no respira, tributaban homenaje a la mujer, consagraban al pudor las partes que el cuerpo se reserva nombrar. Yo invoqué el firmamento, cuya belleza admito, la tierra, imagen de mi corazón, para que me señalaran un hombre que no se creyera bueno. El espectáculo ele ese monstruo, si se hubiera dado, no me hubiese hecho morir de asombro: se muere por mas. Nada de esto necesita comentarios.

La razón y el sentimiento se aconsejan, se complementan. Quien sólo conoce uno de los dos y renuncia al otro, se priva de la totalidad de las

ayudas cine nos han sido concedidas para conducirnos. Vauvenargues ha dicho: "se priva de una parte de las ayudas".

Si bien su frase y la mía se basan sobre las personificaciones del alma, por el sentimiento y por la razón, cualquiera de las dos frases que yo eligiese al azar no sería mejor que la otra si ambas fueran mías. Una, no puedo rechazarla. La otra, Vauvenargues pudo aceptarla.

Cuando un predecesor e coplea para el bien una palabra que pertenece al mal, es peligroso que so frase subsista junto a la otra. Mas vale dejar al término cl significado del final. Para emplear en cl bien una palabra que pertenece al mal, hay que tener derecho a ello. Quien emplea para el mal las palabras que pertenecen al bien, no lo tiene. No es creído. Nadie querría servirse de la corbata de Gérard de Nerval.

Siendo el alma una, se pueden incorporar al discurso la sensibilidad, la inteligencia, la voluntad, la razón, la imaginación, la memoria.

Dediqué mucho tiempo al estudio de las ciencias abstractas. La poca gente con quien uno se comunica en ellas no es como para que se les tome disgusto. Cuando inicié el estudio del hombre, vi que aquellas ciencias le son propias, que penetrando en ellas yo salía menos de mi condición que otros ignorándolas. ¡Les he perdonado que no se aplicaran a esa disciplina! No me pareció encontrar muchos compañeros en el estudio del hombre. Es el que les es propio. Me equivocaba. Son más los que estudian al hombre que los que estudian geometría.

Perdemos la vida con alegría, siempre que no se hable de ello.

Las pasiones disminuyen con la edad. El amor, que no se debe clasificar entre las pasiones, también disminuye. Lo que pierde por un lado, lo recobra por otro. Deja de ser severo con el objeto de sus deseos, se rinde justicia a sí mismo: se acepta la expansión. El aguijón de los sentidos ya no excita los sexos de la carne. Comienza el amor por la humanidad. En esos días en que el hombre siente que se convierte en un altar adornado por sus virtudes, lleva la cuenta de cada dolor que surge y,

con el alma en un repliegue del corazón donde todo parece originarse, advierte algo que ya no palpita. He nombrado el recuerdo.

El escritor, sin separar una de otra, puede indicar la ley que rige cada una de sus poesías.

Algunos filósofos son más inteligentes que ciertos poetas. Spinoza, Malebranche, Aristóteles, Platon, no son Hégésippe Moreau, Malfilatre, Gilbert, Andre Chénier.

Fausto, Manfred, Konrad, son tipos. Aún no son tipos razonadores. Ya son tipos agitadores.

Las descripciones son una pradera, tres rinocerontes, la mitad de un catafalco. Pueden ser el recuerdo, la profecía. No son el párrafo que estoy a punto de terminar.

El regulador del alma no es el regulador de un alma. El regulador de un alma es el regulador del alma cuando esas dos especies de alma están suficientemente confundidas como para poder

afirmar que un regulador no es una reguladora sino en la imaginación de un loco que bromea.

El fenómeno pasa. Busco las leyes.

Hay hombres que no son tipos. Los tipos no son Hombres. ES preciso no dejarse dominar por lo accidental.

Los juicios sobre la poesía tienen más valor que la poesía. Son la filosofía de la poesía. La filosofía así entendida, engloba la poesía. La poesía no podrá prescindir de la filosofía. La filosofía podrá prescindir de la poesía.

Racine no es capaz de condensar sus tragedias en preceptos. Una tragedia no es un precepto. Para un mismo espíritu, un precepto es una acción más inteligente que una tragedia.

Poned pina pluma de ganso en mano de un moralista que sea escritor de primer orden. Será superior a los poetas.

En la mayor parte de los hombres, el amor por la justicia no es sino el coraje ele soportar la injusticia.

Ocúltate, guerra.

Los sentimientos expresan la felicidad, hacen sonreír. El análisis de los sentimientos, puesta de lado toda personalidad, expresa la felicidad; hace sonreír. ¡Los primeros elevan el alma, con dependencia del espacio, de la duración, hasta la concepción de la humanidad, considerada en sí misma, en sus miembros ilustres! ¡El segundo eleva el alma, con independencia de la duración, del espacio, hasta la concepción de la humanidad, considerada en su irás alta expresión, la voluntad! Los primeros se ocupan de los vicios, de las virtudes; el segundo, sólo de las virtudes. Los sentimientos no conocen el orden de su marcha. El análisis de los sentimientos enseña a conocerlo, aumenta el vigor de los sentimientos. Con los primeros, todo es incertidumbre. Son expresión de la dicha, de la desdicha, dos extremos. Con el segundo, todo es certeza. El análisis es la expresión de esa felicidad que resulta, en un momento dado,

de saber contenerse en medio de pasiones buenas o malas. Emplea su calma en fundir la descripción de esas pasiones en un principio que circula a lo largo de las páginas: la no existencia del mal. Los sentimientos lloran cuando lo necesitan, como cuando no lo necesitan. El análisis de los sentimientos no llora. Posee una sensibilidad latente, que toma por sorpresa, transporta por sobre las miserias, enseña a prescindir de guía, brinda un arma de combate. ¡Los sentimientos, señal de debilidad, no son el sentimiento! El análisis de los sentimientos, señal de fuerza, engendra los sentimientos más magníficos que yo conozca. El escritor que se deja engañar por los sentimientos no debe ser puesto a la par del que no se deja engañar por los sentimientos ni por sí mismo. La juventud se propone lucubraciones sentimentales. La edad madura empieza a razonar sin turbarse. Antes sólo sentía, ahora piensa. Antes dejaba vagar sus sensaciones, ahora les da un piloto. Si yo considerase a la humanidad como una mujer, no sostendría, que su juventud declina, que se acerca a la madurez. Su espíritu cambia en el sentido de lo mejor. El ideal de su poesía cambiará. Las tragedias, los poemas, las elegías, dejarán de prevalecer. ¡Privará la frialdad de

la máxima! En tiempos de Quinault habrían sido capaces de comprender lo que acabo de decir. Gracias a algunas luces dispersas, desde hace algunos años, en las revistas, en los infolios, yo mismo soy capaz de comprenderlo. El género que emprendo difiere tanto del género de los moralistas, que se limitan a comprobar el mal, sin indicar el remedio, cuanto éste se parece a los melodramas, las oraciones fúnebres, la oda, la estancia religiosa. No tiene el sentimiento de las luchas.

Elohim está hecho a imagen del hombre.

Varias cosas ciertas son contradichas. Varias cosas falsas no son contradichas. La contradicción es la señal de la falsedad. La no contradicción es el signo de la certeza.

Hay una filosofía para las ciencias. No la hay para la poesía. No conozco moralista que sea un poeta de primer orden. Es extraño, dirá alguien.

Es cosa terrible sentir escaparse lo que se posee. Incluso uno se aferra a eso con la idea de averiguar si existe siquiera algo permanente.

El hombre es un sujeto vacío de errores. Todo le muestra la verdad. Nada lo engaña. Los dos principios de la verdad, razón y sentido, además de no carecer de sinceridad, se iluminan uno al otro. Los sentidos esclarecen la razón mediante apariencias verdaderas. Ese mismo servicio que le tributan, lo reciben de ella. Cada uno toma su desquite. Los fenómenos del alma apaciguan a los sentidos, le producen impresiones que no aseguro sean peligrosas. No mienten. No engañan a cual más.

La poesía debe ser hecha por todos. No por uno. ¡Pobre Hugo! ¡Pobre Racine! ¡Pobre Coppée! ¡Pobre Corneille! ¡Pobre Boileau! ¡Pobre Scarron! Tics, tics y tics.

Las ciencias poseen dos extremos que se tocan. El primero es la ignorancia en que se encuentran los hombres al nacer. El segundo es aquel que las grandes almas alcanzan. Han recorrido lo que los hombres pueden saber, comprueban que lo saben todo, vuelven a encontrarse en la misma ignorancia de donde habían partido. Es una ignorancia sabia,

que se conoce. Aquellos que, salidos de la primera ignorancia, no han podido llegar a la segunda, poseen algún tinte de esa ciencia suficiente, se hacen los sabios. No perturban, no juzgan todo en peor forma que los otros. El pueblo y los hábiles animan a una nación. Los otros, que la respetan, no son menos respetados por ella.

Para saber las cosas, no hace falta saberlas en detalle. Concluido el detalle, nuestros conocimientos son sólidos.

El amor no se confunde con la poesía.

¡La mujer está a mis pies!

Para describir el cielo, no es preciso transportar a él los materiales de la tierra. Es necesario dejar la tierra, sus materiales, allí donde se encuentran, a fin de embellecer la vida con su ideal. Tutear a Elohim, dirigirle la palabra, es tina bufonada inconveniente. El mejor medio de manifestarle gratitud consiste en no zumbarle constantemente al oído que es poderoso, que ha creado el mundo, que en comparación con su grandeza solios gusanos. Lo

sabe mejor que nosotros. Los hombres pueden dispensarse de enseñárselo. El mejor medio de estarle agradecido es consolar ala humanidad, relacionar todo con ella, tomarla de la mano, tratarla de modo fraternal. Esto es más verdadero.

Para estudiar el orden no es preciso estudiar el desorden. Las experiencias científicas, tal como las tragedias, las estancias a mi hermana v el galimatías del infortunio, no tienen nada que hacer aquí abajo.

No todas las leyes son buenas como para que se las diga.

Estudiar el mal para que de ello resulte el bien, no es estudiar el bien en sí mismo. Dado un fenómeno bueno, buscaré su causa.

Hasta el presente se ha descripto la desgracia para inspirar terror, piedad. Describiré la felicidad para inspirar sus contrarios.

Existe una lógica para la poesía. No es la misma que la de la filosofía. Los filósofos no son tanto

cono los poetas. Los poetas tienen derecho a considerarse por encima de los filósofos.

No necesito ocuparme ele lo que haré más adelante. Debía hacer lo que hago. No necesito descubrir qué cosas descubriré más adelante. En la ciencia nueva cada cosa llega en su momento; tal es su excelencia.

En los moralistas, en los filósofos, hay pasta de poeta. Los poetas contienen al pensador. Cada casta recela de la otra, desarrolla sus propias cualidades en detrimento de aquellas que la acercan a la otra casta. Los celos de los primeros no les permiten confesar que los poetas son más fuertes. El orgullo de estos últimos se declara incompetente para hacer justicia a cerebros más tiernos. Cualquiera que sea la inteligencia de un hombre, es preciso que cl procedimiento de pensar sea el mismo para todos.

Comprobada la existencia de los tics, nadie se asombre de que las mismas palabras vuelvan con frecuencia mayor que la que les corresponde: en Lamartine, los llantos que caen de las fosas nasales de su caballo, el color del pelo de su madre; en

Hugo, la sombra y lo desarreglado forman parte de la encuadernación.

La ciencia que emprendo es una ciencia distinta de la poesía. No canto a esta última. Me esfuerzo por descubrir su fuente. Por el timón que dirige todo pensamiento poético, los profesores de billar discernirán el desarrollo de las tesis sentimentales.

El teorema es burlón por naturaleza. No es indecente. No pide recibir una aplicación. La aplicación que se le asigna rebaja al teorema, se torna indecente. Llamad aplicación a la lucha contra la materia, contra los estragos del espíritu.

Luchar contra el mal es hacerle demasiado honor. Si permito a los hombres despreciarlo, que no dejen de decir que eso es todo cuanto puedo hacer por ellos.

El hombre está seguro de no equivocarse.

No nos conformamos con la vida que tenemos en nosotros mismos. Queremos vivir en la idea de los otros, viviendo una vida imaginaria. Nos

esforzamos por parecer tales como somos. Trabajamos por conservar ese ser imaginario, que no es sino el verdadero. Si somos generosos, fieles, nos apresuramos a ocultarlo, con el fin de dotar de esas virtudes a ese ser. Las desligamos de nosotros para unirnos a ellas. Somos valientes para adquirir la reputación de no ser cobardes. Signo de la capacidad de nuestro ser de no estar satisfecho de lo uno sin lo otro, de no renunciar a lo uno ni a lo otro. El hombre que no viviese para conservar su virtud sería un infame.

¡Pese a la contemplación de nuestras grandezas, que nos domina por completo, tenemos un instinto que nos corrige, que no podemos reprimir, que nos educa!

La naturaleza posee perfecciones para demostrar que es la imagen de Elohim, así como defectos para mostrar que no es menos que la imagen.

Bueno es que se obedezcan las leyes. El pueblo comprende lo que las hace justas. No se las abandona. Cuando se hace depender su justicia de

otra cosa, es fácil tornarla dudosa. Los pueblos no son propensos a rebelarse.

Quienes viven en el desorden dicen a los que viven en el orden que son ellos quienes se apartan de la naturaleza. Creen seguirla. Para juzgar es preciso tener un punto fijo. ¿Dónde, en la moral, no encontraremos ese punto?

Nada menos extraño que las contradicciones que se descubren en el hombre. Está hecho para conocer la verdad. La busca. Cuando procura asirla, se deslumbra, se confunde hasta tal punto, que no da ocasión de que se le dispute su posesión. Unos quieren arrebatar al hombre el conocimiento de la verdad, otros quieren asegurárselo. Cada uno recurre a motivos tan disímiles, que destruyen la indecisión del hombre. No posee más luz que la que hay en su naturaleza.

Nacemos justos. Cada uno tiende a sí mismo. Es lo inverso del orden. Hay que tender hacia lo general. La tendencia hacia sí mismo lleva a todos los desórdenes, en la guerra, en la economía.

Los hombres, habiendo podido curar de la muerte, de la miseria, de la ignorancia, optaron, para ser felices, por no pensar en esas cosas. Es todo cuanto pudieron inventarse para consolarse de tan pocos males. Riquísimo consuelo. No curará el leal. Lo oculta por poco tiempo. Al ocultarlo, hace que se piense en curarlo. Por efecto ele un trastrocamiento legítimo en la naturaleza humana, sucede que el hastío, que es su mal más sensible, se convierte el]su mayor bien. Puede contribuir más que todas las cosas a hacerle buscar una curación. He allí todo. La diversión, que considera como su bien más grande, es su mal más ínfimo. Lo acerca más que todas las cosas a buscar un remedio para sus males. Ambos son una prueba, por lo contrario, de la miseria, de la corrupción del hombre, si dejamos de lado su grandeza. El hombre se hastía, busca esa multitud de ocupaciones. Tiene idea de la dicha que ha ganado; la cual, hallándola en su interior, la busca en las cosas exteriores. Se contenta. La desdicha no está en nosotros ni en las criaturas. Está en Elohim.

Aunque la naturaleza nos hace felices en todos los estados, nuestros deseos nos hacen figurarnos

en un estado infeliz. Unen al estado en que nos encontramos las penas del estado en que nos encontramos. Aunque alcanzáramos esas penas, no seríamos desdichados por ello, tendríamos otros deseo; correspondientes a un estado nuevo.

La fuerza de la razón se manifiesta mejor en aquellos que la conocen que en aquellos que no la conocen.

Somos tan poco presuntuosos que quisiéramos ser conocidos en la tierra, aun por personas que vendrán cuando ya no estemos en ella. Somos tan poco vanos, que la estima de cinco personas, digamos seis, nos divierte, nos honra.

Nos consolamos con poco. Nos afligimos por huello.

Tan natural es la modestia en el corazón del hombre, que un obrero que se cuida de alabarse quiere tener sus admiradores. Los filósofos los desean. ¡Sobre todo los poetas! Quienes escriben en favor de la gloria quieren tener la gloria de haber escrito bien. Quienes lo leen quieren tener la gloria

de haberlo leído. Yo, que escribo esto, me jacto de tener ese deseo. Quienes lo lean se jactarán de lo mismo.

Las invenciones de los hombres van en aumento. La bondad, la malicia del mundo en general, no sigue siendo la misma.

El espíritu del más grande hombre no es tan dependiente que esté sujeto a turbación por el menor ruido de la Batahola que se hace en torno de él. No es preciso el silencio de un cañón para impedir sus pensamientos. No hace falta el ruido de una veleta, de una polea. La mosca no razona bien actualmente. Un hombre zumba en su oído. Basta para incapacitarla en su buen juicio. Si quiero que pueda encontrar la verdad, ahuyentaré a ese animal que tiene en jaque su razón, perturba esa inteligencia que gobierna los reinos.

El objeto de esas personas que juegan a la pelota con tanta aplicación de espíritu, agitación de cuerpo, es vanagloriarse ante sus amigos de haber jugado mejor que otro. Es la fuente de su dedicación. Unos sudan en sus gabinetes para mostrar a los sabios que

han resuelto un problema de álgebra que no lo había sido hasta entonces. Otros se exponen a peligros para jactarse de una posición que, a mi parecer, hubiesen podido conquistar menos ingeniosamente. Los últimos se matan para poner de relieve tales cosas. No lo hacen para tornarse menos prudentes. Sino, sobre todo, para demostrar que conocían la solidez de ellas. Estos son los menos tontos de la banda. Lo son con conocimiento. De los otros puede pensarse que, si no tuviesen ese conocimiento, no lo serían.

El ejemplo de la castidad de Alejandro no hizo más continentes que abstemios hizo el ejemplo de su ebriedad. Nadie se avergüenza de no ser tan virtuoso como él. Uno cree no poseer del todo las virtudes del común de los hombres cuando se ve en las virtudes de esos grandes hombres. Uno se aferra a ellos por el extremo por el cual ellos se conectan con el pueblo. Por elevados que sean, algo los une al resto de los hombres. No se hallan suspendidos en el aire, separados de nuestra sociedad. Si son más grandes que nosotros, se debe a que sus pies son tan altos como los nuestros. Están todos en el mismo nivel, se apoyan sobre la misma tierra. Por esas

extremidades, también ellos se alzan como nosotros, como los niños, un poco por encima de las bestias.

El mejor medio de persuadir consiste en no persuadir.

La desesperación es el más pequeño de nuestros errores.

Cuando un pensamiento se nos ofrece como una verdad que corre por las calles, que nos tomamos el trabajo de desarrollar, comprobamos que es un descubrimiento.

Se puede ser justo si no se es humano.

Las tormentas de la juventud preceden a los días brillantes.

La inconsciencia, el deshonor, la lubricidad, el odio, el desprecio de los hombres, tienen un precio en dinero. La liberalidad multiplica las ventajas de la riqueza.

Quienes son probos en sus placeres denotan en sus negocios una probidad sincera. Ser humanizado por el placer es signo de natural poco feroz.

La moderación de los grandes hombres sólo limita sus virtudes.

Ofende a los humanos tributarles elogios que superen los límites de su mérito. Muchas personas son lo bastante modestas como para soportar sin pena que se las estime.

Del tiempo, de los hombres, es preciso esperar todo y no temer nada.

Si el mérito, la gloria, no tornan desdichados a los hombres, no vale la pena que lamenten lo que se llama desdicha. Un alma se digna aceptar la fortuna, el reposo, si debe sobreponerles el vigor de sus sentimientos, el vuelo de su genio.

Los grandes proyectos se estiman cuando uno se siente capaz de grandes éxitos.

La reserva es el aprendizaje de los espíritus.

Se dicen cosas sólidas cuando no se procura decir con ellas cosas extraordinarias.

Nada hay falso que sea verdadero; nada hay verdadero que sea falso. Todo es lo contrario del sueño, de la mentira.

No debe creerse que lo que la naturaleza hizo amable sea vicioso. No existe época ni pueblo que haya creado virtudes ni vicios imaginarios.

Sólo puede juzgarse la belleza de la vida por la de la muerte.

Un dramaturgo puede otorgar a la palabra pasión un significado útil. Ya no es más un dramaturgo. Un moralista da a cualquier palabra un sentido útil. ¡Sigue siendo un moralista!

Quien considera la vida de un hombre encuentra en ella la historia del género. Nada ha podido tornarlo malvado.

¿Debo yo escribir en verso y así apartarme de los otros hombres? ¡Que: la caridad lo decida!

El pretexto de quienes hacen dichosos a los demás es que quieren su bien

La generosidad disfruta de las felicidades ajenas, como si fuera responsable de ellas.

En el género humano domina el orden. La razón, la virtud, no son en él lo más fuerte.

Los príncipes se granjean pocos ingratos. Dan todo lo que pueden.

Es posible amar de todo corazón a aquellos en quienes se advierten grandes defectos. Sería algo impertinente creer que sólo la imperfección tiene derecho de agradarnos. Nuestras debilidades nos atan unos a otros tanto como podría hacerlo aquello que no es la virtud.

Si nuestros amigos nos hacen servicios, pensamos que, en su carácter de amigos, nos los deben.

De ningún modo pensamos que nos deban su enemistad.

Quien haya nacido para mandar, mandará hasta desde el trono.

Cuando los deberes nos han agotado, creemos haber agotado los deberes. Decimos que el corazón del hombre todo puede colmarlo.

Todo vive por la acción. De allí la comunicación de los seres, armonía del universo. Consideramos que esta ley tan fecunda de la naturaleza es, en el hombre, una imperfección. Está obligado a obedecerla. No pudiendo subsistir en el reposo, concluimos que el hombre hace lo que debe.

Se sabe lo que son el sol, los cielos. Conocemos el secreto de sus movimientos. En manos de Elohim, instrumento ciego, resorte insensible, el mundo atrae nuestros homenajes. Las revoluciones de los imperios, los rostros de los tiempos, las naciones, los conquistadores de la ciencia: todo ello viene de un átomo que trepa, dura sólo un día,

destruye: en todas las edades el espectáculo del universo.

Hay más verdad que errores, más buenas que malas cualidades, más placeres que penas. Nos gusta controlar el carácter. Nos elevamos por sobre nuestra especie. La estima de que la colmamos, nos enriquece. Creemos que no podemos separar nuestro interés del de la humanidad, o maldecir al género sin comprometernos nosotros mismos. Esa ridícula vanidad ha llenado los libros de himnos en favor de la naturaleza. Entre quienes piensan, el hombre está en desgracia. La cuestión está en quién le atribuirá menor número de vicios. ¿Cuándo no estuvo a punto de reincorporarse, de hacerse restituir sus virtudes?

Nada se ha dicho. Después de los más de siete mil años que hay hombres, uno llega demasiado temprano. En lo que concierne a la costumbre, como al resto, se ha eliminado lo menos bueno. Tenemos la ventaja de trabajar después de los antiguos, de ser los hábiles entre los modernos.

Somos capaces de amistad, de justicia, ele con pasión, de razón. ¡Oh, amigos míos!, ¿qué es, entonces, la ausencia de virtud?

Mientras mis amigos no mueran, no Hablaré d la muerte.

Nuestras recaídas nos consternan, al ver que nuestras desdichas hubiesen podido corregir nuestros defectos.

Sólo puede juzgarse: la belleza ele la muerte por la de la vida.

Los tres puntos finales me hacen encoger d hombros por lástima. ¿Es necesario eso para probar que se es un hombre de espíritu, es decir, ti imbécil? ¡Como si, tratándose de puntos, la claridad no valiese tanto como la vaguedad!

CARTAS

París, 9 de noviembre de 1868

Señor[1]:

Tened la bondad de hacer la crítica de este folleto en vuestro estimable diario. Por circunstancias ajenas a mi voluntad, no pudo aparecer en agosto. Se lo encuentra ahora en la Librairie du Petit Journal y en Weil et Bloch, en el pasaje Européen. A fin de este mes debo publicar, en la casa Lacroix, el 2° canto.

Recibid, señor, mis cordiales saludos.

El autor

[1] Destinatario desconocido, Carta descubierta por el Sr. Guérin y citada en la edición G.L.hf. y por D.-.A. de Graaf, en la Revue des Lanbues vivantes.

22 de mayo de 1869

Señor[2]:

Ayer mismo recibí vuestra carta del 21 de mayo; era la vuestra. Y bien, sabed que, desdichadamente, no puedo dejar pasar así la oportunidad de pediros disculpa. He aquí por qué: porque si me hubieseis anunciado el otro día, en la ignorancia de lo que puede suceder de enojoso en las circunstancias en que ¡ni persona se encuentra, que los fondos se agotaban, no me hubiera atrevido a recurrir a ellos; pero, por cierto, hubiera experimentado tanta alegría no escribiendo esas tres cartas como vos no leyéndolas. Habéis puesto en vigor el deplorable sistema de desconfianza vagamente prescrito por el capricho de mi padre; pero habéis adivinado que mi dolor de cabeza no me impide considerar con atención la difícil situación en que os ha puesto, hasta ahora, una hoja de papel de carta llegada de América del Sur y cuyo principal defecto era la falta de claridad; pues no tomo en cuenta la malsonancia

[2] Fragmento de una carta enviada al Sr. Darasse, banquero, y publicada por Genonceaux en su edición de *Los cantos de Maldoror*.

de ciertas observaciones melancólicas que se perdonan fácilmente en un anciano y que, según me pareció en primera lectura, tenían aire de imponeros, tal vez en lo futuro, la necesidad ele abandonar vuestro estricto papel de banquero respecto de un señor que viene a vivir en la capital... Perdonad, señor, el ruego que os dirijo ahora: si mi padre enviara otros fondos antes del 1 de septiembre, época en que mi cuerpo efectuará una aparición ante la puerta de vuestro banco, tendríais la bondad de hacérmelo saber? Por lo demás, estoy en casa a toda hora del día; pero sólo os bastaría escribirme una palabra, y es probable que en tal caso yo la recibiera casi tan pronto como la camarera que abre la puerta... Y todo esto, lo repito, ¡por una insignificante bagatela de formalidad! Presentar diez uñas sin sangre en vez de cinco, vaya; después de mucho reflexionar, confieso que esto me ha parecido repleto de una notable cantidad de importancia nula . . .

. . . . . .

París, 23 de octubre

Permitidme[3], ante todo, explicaros mi situación. He cantado el mal como lo han hecho Mickiewickz, Byron, Milton, Southey, A. de Musset, Baudelaire, etc. Naturalmente, he exagerado un poco el diapasón, para crear algo nuevo en cl sentido de esa literatura sublime que canta a la desesperación sólo para oprimir al lector y hacerle desear el bien como remedio. Así, pues, siempre e s el bien, en suma, lo que se canta, sólo en virtud de un método más filosófico y menos ingenuo que la antigua escuela, de la que Víctor Hugo y algunos otros son los únicos representantes aún vivos. Vended, no os lo impido: ¿qué debo hacer para ello? Poned vuestras condiciones. Lo que yo quisiera es que la crítica sea confiada a los principales articulistas de los días lunes. Sólo ellos juzgarán en primera y última instancia el comienzo de una publicación que, evidentemente, no verá su fin sino más adelante, cuando yo haya visto el mío. De modo, pues, que la

[3] Carta dirigida al editor Verbroeckhoven

moraleja no ha sido escrita. Sin embargo, ya hay en cada página un inmenso dolor. El mal ¿es eso?

Por cierto que no. Os quedaría agradecido, porque si la crítica elogiara la obra, yo podría, en las ediciones siguientes, cortar algunas partes demasiado fuertes. Así, pues, lo que ante todo quiero es ser juzgado por la crítica; una vez conocido, cl resto marchará solo.

Vuestro afectísimo

I. Ducasse,
Calle Faubourg-Moiitniartre 32

París, 27 de octubre

He hablado a Lacroix[4] con arreglo a vuestras instrucciones. Recibiréis carta suya. Vuestras proposiciones han sido aceptadas: que os confíe la venta por mí, con el cuarenta por ciento y el decimotercer ejemplar. Puesto que las circunstancias han tornado la obra digna, hasta cierto punto, de figurar ventajosamente en vuestro catálogo, creo que se la puede vender un poco más cara; no veo

[4] Socio de Verhroeckhoven

inconveniente en ello. Por lo demás, en cuanto a ese aspecto, los espíritus estarán mejor dispuestos que en Francia para saborear esa poesía de rebelión. Ernest Naville (miembro correspondiente del Instituto de Francia) dictó el año pasado, en Ginebra y Lausana, conferencias sobre el *Problema del Mal*, donde citó a los filósofos y poetas malditos, las cuales han debido de dejar su huella en los espíritus, por obra de una corriente insensible que crece cada vez más. Después las reunió en libro. A él le remitiré un ejemplar. En las ediciones siguientes podrá hablar de mí, pues retomo con más vigor que mis predecesores esa extraña tesis, y su libro, que ha aparecido en París, en la librería Cherbuliez, correspondiente de la Suiza francesa y de Bélgica, y en la misma librería de Ginebra, me hará conocer indirectamente en Francia. Es cuestión de tiempo. Cuando me enviéis los ejemplares, hacedme llegar 20, que bastarán. Vuestro afectísimo.

I. Ducasse

París, 21 de enero de 1870

Señor[5]:

Tened la bondad de enviarme el *Suplemento de las poesías de Baudelaire.* Os remito adjuntos 2 francos, precio de los sellos postales. Siempre que sea lo antes posible, porque lo necesito para una obra de que hablo más abajo.

Tengo el honor, etc.

I. Ducasse

Faubourg-Moiitniartre 32

Lacroix, ¿ha cedido la edición o qué ha hecho de ella? ¿O la habéis rechazado vos? No me ha dicho nada. No lo he visto desde entonces. Como sabéis, renegué de mi pasado. No canto más que la esperanza; pero, para ello, es preciso atacar antes la duda de este siglo (melancolías, tristezas, dolores, desesperaciones, relinchos lúgubres, maldades

[5] A Verbroeckhoven

artificiales, orgullos pueriles, maldiciones ridículas, etc.). En una obra que llevaré a Lacroix en los primeros días de marzo, la emprendo con las más bellas poesías de Lamartine, de Victor Hugo, de Alfred de Musset, de Byron y de Baudelaire, y las corrijo en el sentido de la esperanza; indico cómo se hubiese debido hacer. Al mismo tiempo, corrijo seis trozos de los peores de mi maldito libro.

París, 12 de marzo de 1870

Señor[6]:

Permitid que me remonte un poco lejos. He hecho publicar una obra de poesías, en la casa Lacroix (B. Montmartre 15). Pero, una vez impresa, se negó a lanzarla, porque allí se pintaba la vida en colores demasiado amargos y el editor temía la acción de la justicia. Era algo en el género del *Manfredo* de Byron y el *Conrad* de Mickiewicz, pero mucho más terrible. La edición había costado 1.200 francos, de los que yo había entregado ya 400. Pero todo se fue al diablo. Lo cual me hizo abrir los ojos.

[6] A Darasse

Me dije que, puesto que la poesía de la duda (de los volúmenes actuales no quedarán más que 150 páginas) llega así a tal punto de desesperación taciturna y de maldad teórica, ello se debe, en consecuencia, a que es radicalmente falsa, por esta razón: *en ella se discuten los principios, y no se los debe discutir*; es más que injusto. Los gemidos poéticos de este siglo no son más que sofismas abominables. Cantar el hastío, los dolores, las tristezas, las melancolías, la muerte, la sombra, los sombrío, etc., es querer ver solamente, a cualquier precio, los reversos pueriles de las cosas. Lamartine, Hugo, Musset, se han metamorfoseado voluntariamente en mujercitas. Son las Grandes Cabezas Fofas de nuestra época. Siempre lloriquear. He aquí por qué he cambiado completamente de método, para cantar exclusivamente la esperanza, la CALMA, la felicidad, el DEBER. Y así es como reanudo con los Corneille y los Racine la cadena del sentido común y la sangre fría, bruscamente interrumpida desde los presuntuosos Voltaire y Jean-Jacques Rousseau. No terminaré el volumen antes de cuatro o cinco meses. Pero, entretanto, me gustaría enviar a mi padre el prefacio, que contendrá sesenta páginas, editado por A. Lamerre. Así verá que trabajo y me enviará la

suma total para cl volumen que se imprimirá después.

Debo ahora, señor, preguntaros si mi padre os ha dicho que me entregarais dinero, aparte de la pensión, después de los meses de noviembre y diciembre. De ser así, harían falta 200 francos para imprimir el prefacio, que, de ese modo, podría enviar a Montevideo el 22. Si él nada hubiera dicho, atendríais la bondad de escribírmelo?

Tengo el honor de saludaros.

I. Ducasse,
calle Vivienne 15